

CULTURA

Leonora Carrington, la diosa blanca del surrealismo

La Fundación Mapfre recuerda la dramática estancia de la artista en Madrid

ANGELES GARCÍA, Madrid
Nacida en 1917 en Lancashire (Inglaterra) en el seno de una poderosa familia fabricante de tejidos, Leonora Carrington es la artista más notable del movimiento surrealista. Su extensa obra está llena de simbología y vivencias personales cargadas de dramatismo.

En sus pinturas, dibujos y libros narra episodios en los que recrea sus tiempos felices con su amante Max Ernst en el París anterior a la guerra, el infierno sufrido en la España de la Guerra Civil o la huida por mar hasta encontrar cierta paz en Ciudad de México, el lugar en el que reconstruye su vida y en el que vivió hasta los 94 años. Pese a sus raíces europeas, su obra ha sido poco vista en exposiciones importantes, un olvido que ahora se repara con la inauguración de la muestra *Leonora Carrington. Revelación*, una antológica de 188 obras en la Fundación Mapfre de Madrid hasta el 7 de mayo.

Los comisarios de la exposición (Tere Arcq, Carlos Martín y Stefan van Raay) han querido que el orden cronológico sea el hilo conductor de una exposición en la que se mezclan vivencias personales con preocupaciones sociales y políticas: los derechos de la mujer y el cuidado de los animales.

Martín explica que Carrington desarrolló un lenguaje determinado por temas como la mitología celta, el mundo de la magia y lo oculto, la naturaleza y el mundo animal, la psicología o el budismo tibetano. Todos estos temas de corte onírico aparecen en unas pinturas a las que Carrington no quería dar ningún significado. "Las obras no se pueden explicar", dijo en varias ocasiones.

El drama que vivió en España comienza en 1939 cuando Max Ernst es detenido en Francia por su origen alemán. Leonora abandona la casa y junto a una amiga viaja hacia España para conseguir un salvoconducto. Se sabe que llegó hasta Madrid en tren y pasó semanas alojada en sucesivos hoteles con la esperanza de que alguien la atendiera. Según contó en su libro *Memorias de abajo* (1943), una noche en la que ella paseaba su desazón por las calles de Madrid fue atacada por tres requetés (paramilitares carlistas) que la llevaron a una casa abandonada y la violaron hasta hartarse. Se marcharon y la dejaron tirada e inconsciente en el suelo como un trapo sucio.

A Inglaterra llegó la noticia de que Carrington sufría una tremenda depresión. No se sabe si los padres conocieron las causas, pero lo mejor que se les ocurrió fue trasladar a su hija a un sanatorio en Santander para ser atendida por el doctor Luis Morales, un cuestionado psiquiatra filonazi que le aplicó un convulsivo químico llamado cardiazol. La artista guardó siempre la imagen de una mujer desnuda atada con correas a una cama en una habitación de un sanatorio español durante el verano de 1940. Su amado Max Ernst se había casado con la mecenas y multimillonaria Peggy Guggenheim, con la que se instaló en Nueva York.

Después de pasar también por Nueva York, donde despertó el interés de Pierre Matisse, Carrington se marchó a México y junto al fotógrafo Emeric Weisz (el labrador de Capa que portó las muletas de fotografías de la Guerra Civil) se instaló en una casa de tres pisos en la colonia Roma. La casa



Artes, 110 (1944), de Leonora Carrington.



Leonora Carrington pintaba *Nunscape at Manzanillo* en 1956.

era una metáfora perfecta de los dolorosos viajes que hizo en su vida con descensos a la locura y ascensos a la curación impulsados por su propia fuerza interior. En esos estados oscilantes conseguía la calma moderada que equilibraba su ansiedad y la situaba en un excepcional estado de actividad creativa. En esa casa de hormigón estilo Bauhaus vivieron durante 54 años y criaron a sus dos hijos: Pablo, artista y patólogo, y Gabriel, profesor y autor de libros sobre chamanismo.

Las obras que se exponen, explica el comisario, responden a la memoria de la artista. Son cuadros cargados de referentes surrealistas y de sus admirados maestros como El Bosco, Pieter Brueghel o los pintores italianos que conoció en Florencia. Muchos han salido de su famosa cocina alquímica, la que a menudo compartía con la española Remedios Varo y la fotógrafa húngara Kati Horna. Juntas destilaban fórmulas y hechizos destinados a predicar el amor por la naturaleza y acabar con el poder opresivo del patriarcado.

Fue conocida como la "novia del viento" o "la bruja de México", pero ella parecía sentirse más próxima a *La diosa blanca* de Robert Graves, uno de los libros que mejor supieron acompañarla junto a *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll, y *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift.